

Crónica, espectáculo y conflicto racial en *Paralelo 35*, de Carmen Laforet

Cronicle, Spectacle and Racial Conflict in Carmen Laforet's *Paralelo 35 (The 35th Parallel)*

Francisco J. Quevedo García

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

franciscojuan.quevedo@ulpgc.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-5446-8106>

RESUMEN

En 1965 la novelista española Carmen Laforet es invitada a realizar un viaje a los Estados Unidos. Es la primera vez que la escritora toma contacto con la realidad de ese país americano, ejemplo del poder económico, social y cultural frente a la España de posguerra, pobre y sin libertades bajo la dictadura del general Franco.

Las crónicas de ese viaje especial las reúne en *Paralelo 35*. Estas crónicas están basadas en el testimonio de los estadounidenses. Sin embargo, Carmen Laforet también expone su opinión personal, sobre todo cuando describe los grandes espectáculos —la desbordante naturaleza o los conciertos de jazz— o cuando indaga en el conflicto racial, que en esos momentos se encuentra en una situación muy tensa.

Palabras Clave: Carmen Laforet; literatura de viajes; Estados Unidos; conflicto racial.

ABSTRACT

In 1965, Carmen Laforet, a well-known Spanish novelist, was invited to visit the United States. This was actually the first time the Spanish novelist set foot in the US, a country whose economic and sociocultural strength sharply contrasted the conditions of a depressed, postwar Francoist Spain.

Paralelo 35 (The 35th Parallel) chronicles her journey and her sense of awe. These chronicles are based on the testimony of the Americans. Nevertheless, Carmen Laforet also exposes his personal opinion, especially when she describes the great spectacles —the amazing nature or concerts jazz— or investigates racial conflict, by then at one of its highest peaks.

Key words: Carmen Laforet; Travel writing; United States; Racial conflict.

1. «CRÓNICAS DE UN VIAJE TURÍSTICO»

Con esta terminología define Carmen Laforet lo que es *Paralelo 35*, cuya primera edición data de 1967. El destino de ese viaje es Estados Unidos. El periplo excede con creces lo que hoy podríamos definir como un viaje turístico. Fueron dos meses de un amplio recorrido que atravesó circularmente el territorio norteamericano, desarrollando una intensa actividad en la que la cronista dio cuenta de una fortaleza física y un ansia de conocimiento encomiables. Partió de Nueva York y lo culminó contemplando de nuevo la Estatua de la Libertad neoyorquina. La autora eligió el barco como medio para atravesar el Atlántico, una medida muy personal: «Aunque la invitación comprendía el viaje Madrid-Washington en avión, por costumbre de hacer las cosas a mi manera realicé este viaje de ida en un barco español: el *Guadalupe*, de la compañía Transatlántica» (Laforet 1976: 9).

Quizás, como apuntan muy bien Anna Caballé e Israel Rolón (2010: 307): «Es más que probable que pensara servirse del barco para una cura de descanso ante las ajetreadas semanas que la esperaban. O bien era solo la idea de poder disfrutar intensamente del mar y de una dulce indolencia durante muchos días seguidos». También es más que probable que recordara en el barco la travesía que realizó a los dieciocho años desde Gran Canaria, la isla donde vivió de niña, hasta Barcelona. Este también fue un viaje ilusionante, pues dejaba atrás una dolorosa historia familiar —incluida la muerte de su madre, el posterior matrimonio de su padre y una madrastra que se empeñó en imponer su poder y cercenar cualquier vestigio de la antigua presencia materna—, para iniciar su vida de universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras.

Lo cierto es que, a pesar de que este viaje a los Estados Unidos la hace postergar de nuevo la redacción de *Al volver la esquina* —que se publicaría después de muchos avatares póstumamente en 2004—, para la escritora supone cumplir un deseo muy anhelado. Iba a viajar a la mayor potencia económica y cultural del mundo desde la España pauperizada de la posguerra, inmersa en el cerrojo censor impuesto por la dictadura franquista, hacia ese Nuevo Mundo que cambió la fisonomía del planeta y que siempre encandiló con sus mitos de fortuna a la vieja Europa. Hacia allí se embarcó Laforet. *Paralelo 35* se centra en la crónica del Estados Unidos que va a conocer de primera mano, más allá de las películas que llegaban a una España controlada por la censura. En su ánimo está dar cuenta de la forma más objetiva posible de lo que ve, como si se tratara de una cámara testigo. Da por sentado que, como todo libro de viajes que se precie, no va a ser ella la protagonista sino el lugar y las gentes que va a descubrir:

Porque este es el relato de un viaje. Me gusta pensar que partir no es morir un poco, sino, por el contrario, nacer un poco a una nueva vida y a unos nuevos horizontes. De las notas tomadas en trenes y habitaciones de hotel surgió este libro. De la primera impresión fresca y viva con paisajes y personas y ambientes desconoci-

dos. Se ha procurado en estas páginas hacer un relato objetivo de unas aventuras y unos encuentros al azar.

Dejé en mi casa mi biblioteca y con ella todo lo que pudiera saber de ambientes y problemas estadounidenses, para enfrentarme solamente con la aventura de unos encuentros al azar.

Este libro está escrito con humildad. No pretende haber descubierto problemas hondos y trascendentales, ni agotado ninguno de los que en él se apuntan. No hay juicio personal. Solo puro relato. Si en Nueva Orleans, por ejemplo, doy tres versiones del problema candente de la ciudad, no son versiones mías, sino de las personas —de distintos puntos de vista— que me las ofrecieron [...] Si ustedes, después de haberme acompañado de este a oeste, de norte a sur, de oeste a este, de ciudades a pueblos, sienten, como yo sentí, que la última página podría ser la primera de un nuevo encuentro; si se han sentido divertidos e interesados como yo me sentí al vivir mi relato, mi ambición de cronista quedaría más que satisfecha (Laforet 1976: 5-6).

Carmen Laforet entiende como cronista viajero el que relata hechos y situaciones no vividas por sus lectores. Lo entiende como un transmisor de sus experiencias mientras lleva a cabo su periplo. Sin embargo, quizás no sea precisamente el término crónica el vocablo más adecuado para los intereses de la autora, pues amén de ser un género con vocación historicista y cronológica —no en vano, su étimo es *Κρόνος*—, conlleva un juicio de lo narrado. La vertiente cronológica es evidente, *Paralelo 35* es un diario de un viaje aunque no se advierta la preocupación en ir datando fechas. También podríamos considerar cierto historicismo a la hora de testimoniar lo que ve, sobre todo algunos hechos de relevante espectro social, como el racismo. Sin embargo, la posición en retaguardia en cuanto a sus opiniones personales sobre el tema dista de la concepción de la crónica según el concepto tradicional que manifiesta Martín Vivaldi:

Crónica deriva de la voz griega *Κρόνος*, que significa tiempo. Lo que viene a decirnos que la crónica —hoy género periodístico por excelencia— fue ya, mucho antes de que surgiera el periodismo como medio de comunicación social, un género literario en virtud del cual el cronista relata hechos históricos, según su orden temporal.

Con las naturales salvedades de estilo podría considerarse como crónica la obra de Julio César, *La guerra de las Galias* (*De bello gallico*). Crónica fue, según su propio título, la *Crónica general de España*, de Alfonso X el Sabio, obra esta que empezó a escribirse hacia el año 1270. Modernamente, y como crónicas magistrales, citaríamos los *Cuadros de viaje* (*Reisebilder*), del poeta alemán romántico Enrique Heine; y, ya en nuestros días, *La piel*, de Curzio Malaparte, y las dos obras del escritor español José María Gironella, *Personas, ideas y mares* y *El Japón y su duende*.

A riesgo de adelantar nuestro concepto del género, siendo para nosotros la crónica un *relato enjuiciado de los hechos que se narran*, podríamos decir que tanto *La guerra de las Galias*, de César, como la *Crónica general de España*, de Alfonso X el Sabio, son más narración pura que auténtica *crónica interpretativa de los hechos* (1981: 123).

En principio, *Paralelo 35* es expuesto como un relato inocuo e indoloro, llevando su mirada a «la inmediatez del periodismo o a la oralidad radial» (Rodríguez Pérez 2000: 355). No en vano, publicará con muy buena acogida por los lectores una serie de artículos sobre este viaje a USA en *Actualidad Española*¹; pero, como es notorio, desde antes que existiera el periodismo como profesión y fueran otros los que ejercieran la tarea de dar cuenta de lo que acontece en el mundo —poetas épicos, cronistas, historiadores, juglares...—, la neutralidad cero es improbable por mucho que se intente en tanto en cuanto quien escribe es un sujeto. Tendríamos, pues, que entenderlo a través de gradaciones. El grado de proyección de Laforet en esta obra intenta ser el mínimo. Fiel a su prudencia personal y a un estilo no estridente, conviene en que no se debe aventurar en un terreno desconocido: «Costumbres, convivencia de razas, problemas políticos, ninguno de estos temas puede tratarse a la ligera. Lo que he visto, lo que me han dicho —sin comentarios— es lo que puedo ofrecer a mis amigos americanos y a mis lectores españoles» (Laforet 1976: 255).

Hubiera tenido muy fácil Laforet llevar a cabo una traslación de su mirada de Estados Unidos a su persona y convertirse en el asunto de *Paralelo 35*, pues este viaje es producto de una invitación del Departamento de Estado del país americano comunicada por su embajador en España. Va a ser recibida con todos los honores de un *internacional visitor*. Por supuesto, con todos los gastos pagados, con la asistencia desde el primer momento de una intérprete —luego serían dos, pues con la primera no existió una buena conexión desde el principio a pesar de los esfuerzos de la escritora—, con homenajes por doquier, invitaciones a todos los lugares que quisiera conocer, acceso a las personalidades con las que quisiera tratar. Carmen Laforet se encontró una nación que reconocía los méritos que la avalaban como una de las mejores novelistas de la España contemporánea.

Por donde quiera que se encontrase desde que llega a Nueva York, ella es la estrella rutilante: «En la aduana recibí la sorpresa de una bienvenida. Por deferencia a mi invitación, me llamaron antes que a los súbditos norteamerica-

¹ Una de las razones que se esgrimen para que Laforet no concluyese definitivamente *Al volver la esquina*, fue su dedicación al periodismo. Sender, con el que concilió una gran amistad, le aconseja que se aleje del periodismo y se centre en su producción novelística: «Temo que anda usted buscando el lado perezoso del oficio (crónicas, conferencias, etc.). No le escurra el bulto a la novela, porque es ahí donde hace usted maravillas [...] Leo sus artículos en *Actualidad*. El último, en Kansas. He visto que me ha aludido algunas veces con amistad y se lo agradezco de veras. Cuando escriba sobre Los Ángeles, circulará su artículo por muchas manos, y despertará recuerdos y simpatías y admiraciones en muchos estudiantes que la vieron y oyeron aquí.

¿Y su trilogía? Todos esperamos que se sienta a trabajar de veras y escriba los otros dos volúmenes. Usted tiene un talento espléndido, y su talento es nuestro también. Así que manos a la obra. Los reportajes están muy bien, pero las novelas están mejor» (Laforet y Sender 2003: 74-77).

nos. Era huésped de honor del país» (1976: 11). Pero muy lejos de ejercer ese papel, cede rápidamente ese protagonismo a todo lo que observa, sean seres o lugares. El poder de observación, más que el de la valoración que deja a juicio de los lectores, es una de las constantes de su escritura. No obstante, también es cierto que esta tendencia suya se quiebra en determinados momentos en los que el tema la impulsa a romper una silente forma de ser y actuar; lo cual se corresponde con una toma de postura ética ante la vida que ejerce desde su adolescencia. Con todo ello, lo que sí se aprecia en la estructura general de *Paralelo 35* es que se sustenta en un sistema binario: se parte del agasajo hacia la autora, pero esta lo desplaza hábilmente, con ligereza, hacia el espacio estadounidense y hacia aquellos que lo habitan y le aportan su identidad.

2. EL ESPECTÁCULO ESTADOUNIDENSE

El primer viaje que lleva a cabo Carmen Laforet a Estados Unidos en 1965 —volverá luego en cinco ocasiones— surge del reconocimiento de la escritora catalana por parte de las autoridades estadounidenses. Téngase en cuenta que las relaciones bilaterales de Estados Unidos con el régimen del general Franco, tras el distanciamiento inicial con el bastión fascista que queda en Europa después de la II Guerra Mundial, se hacen patentes desde 1953 con el Pacto de Madrid, en el que se ceden terrenos para las bases militares americanas a cambio de una ayuda económica que contribuyó a sufragar la lamentable situación en la que sobrevivía la sociedad española tras la Guerra Civil. A partir de ahí, ese vínculo se acrecienta con la incorporación de España en 1955 en la Organización de Naciones Unidas. La Guerra Fría contra el comunismo encuentra un excelente aliado en el régimen franquista que, muy lejos de levantar el pie de su marchamo ideológico, ahora se ve más afianzado y cobra una posición más fuerte si cabe.

Por otro lado, como si se tratara de una reacción en cadena, también hay una poderosa atracción de Estados Unidos por parte de los españoles que ven en el país americano lo que ven también otras naciones en situación de posguerra, un poderoso estado militar, económico y cultural que irradia esa grandeza en alta voz. Lo americano es colosal, gigantesco, espectacular. Allí se construyen los rascacielos, los edificios más grandes del mundo, y circulan los coches más imponentes. A esta visión espectacular contribuye, sin lugar a dudas, el cine. Aunque en España la recepción de películas está condicionada por la censura política, el filtro no puede evitar la asimilación de los ambientes, de los espacios, de las temáticas propias de la nación americana. Carmen Laforet se hace eco de ese sustrato cultural proveniente de la cinematografía en *Paralelo 35*. Lo lleva a cabo de forma espontánea. Cuando visita alguna ciudad como Chicago: «La mía era una habitación excelente, excepto por lo sombría porque daba al patio de la escalera de incendios [...] Recordé las historias de

gánsteres de Chicago y algunas películas de tiros con el escenario de aquellas escaleras» (Laforet 1976: 62). O al hallarse en una inmensa granja con caballos a su alrededor: «Resultaba interesante para mí estar asomada a una valla como las tantas veces vistas en los wésterns, contemplando cómo pacían y corrían las yeguas» (ibíd.: 79). Saca a relucir, como apreciamos, las improntas que en su mente tenía guardada a través del influjo del cine. Son numerosas las ocasiones en las que la autora refleja esos recuerdos fílmicos que ahora, por fortuna, puede contrastar con una realidad que está viendo fuera de la pantalla; pero quizás el más significativo sea el encuentro con el espacio mítico de Hollywood:

Después de comer dimos un paseo en coche por las famosas colinas de Beverly Hills y Hollywood, que hoy son barrios de Los Ángeles. Tradicionalmente viven allí millonarios y artistas de cine.

Aunque muchos chalés eran verdaderos palacios, la uniformidad que preside la ciudad hacía también difícil distinguir unas calles de otras en estas colinas. La época dorada de Hollywood resurgía a cada momento con los nombres de los viejos ídolos cinematográficos que habitaron estos chalés.

Hay una calle en Hollywood en la que, durante una época, los artistas retirados abrían tiendas. No vi los estudios cinematográficos ni de lejos. Su visita no estaba incluida en mi programa. Sin embargo, después de un paseo por estos lugares, una serie de sombras parecían acompañarnos; nombres de artistas aún vivos y famosos y otros ya palidecidos y convertidos casi en símbolos de otros tiempos. Douglas Fairbanks, Gloria Swanson, Charlie Chaplin, Marlene Dietrich, Mary Pickford... y tantos y tantos... (ibíd.: 156).

El espectáculo americano está servido desde antes de tocar puerto en Nueva York con el impresionante recibimiento de la Estatua de la Libertad. Entre tanta magnificencia, no podemos evitar la mención a su visita a la biblioteca del Congreso en Washington. Si para cualquier lego entrar en tal emporio cultural causa admiración, la que siente Carmen Laforet es mayúscula. Intuimos, casi la vemos, su cara de asombro y admiración al contemplar aquella biblioteca, émula contemporánea de la de Alejandría. Una escritora se halla dentro de una isla enorme con todos los libros del mundo. Un espectáculo maravilloso difícil de imaginar y ante el cual no puede dejar de mantenerse al margen, cediendo un significativo punto al impulso del yo dentro de los límites de la crónica objetivista:

El departamento de español de la biblioteca del Congreso lo rige el escritor chileno don Manuel Aguilera. Está autorizado a adquirir para la biblioteca todo cuanto se publica en nuestro idioma. Esto me lo explicó él y me enseñó la sección de cintas y discos grabados por autores de lengua hispana y allí pude oír los poemas inigualablemente recitados por su autor, Nicolás Guillén, y, entre ellos, sus poemas antinyanquis.

La sección hispana, como otras muchas secciones de la fabulosa biblioteca, como todas o casi todas las instituciones culturales y artísticas de los Estados Unidos,

está dotada por diferentes fundaciones particulares. El criterio es de absoluta libertad dentro de la categoría artística. Jamás se pone veto, por ideas, a una adquisición literaria. Allí se encuentra todo (ibíd.: 20-21).

Además de la modernidad para la época que desprenden las palabras de Carmen Laforet, se hace especial hincapié en el alcance global que poseen los americanos para llenar la biblioteca del Congreso de todo cuanto se publica. Hay una razón de poder económico —en la obra se incide en la importancia que tiene el aporte privado como mecenazgos en las grandes instituciones, tan diferente a la idea de patrocinio que trae la autora desde España—; pero también en la libertad de criterio. Una libertad —Laforet sin que resuene estridente lo subraya— que no admite los vetos ideológicos. La alusión, en este sentido, a que en Washington se puedan escuchar los poemas antiyanquis de Nicolás Guillén es más que reveladora de esa libertad absoluta en las antípodas de las restricciones que marca la censura española. Precisamente, en este viaje de *Paralelo 35* Carmen Laforet podrá por fin conocer a uno de sus escritores predilectos, el exiliado Ramón J. Sender, con el que mantenía una correspondencia de años. Será entonces cuando lea *Crónica del alba*, la magnífica novela del aragonés que vio la luz en México en 1942 y estuvo prohibida en España justo hasta el año 1965, fecha en la que por fin coincidieron los dos escritores en Los Ángeles: «En aquella novela yo encontré una verdad, algo que solo puede definirse con la palabra genio. No haberse publicado *Crónica del alba* en España significaba un vacío muy grande en nuestras letras» (Laforet 1976: 157).

Uno de los pasajes donde se aprecia con mayor calado el estupor de Carmen Laforet ante la grandiosidad del gran espectáculo americano es en su visita a Cabo Kennedy, el centro de lanzamiento de la NASA. Estados Unidos está en plena carrera espacial, tratando de superar el logro que había supuesto para la URSS ser la primera potencia en llevar un hombre al espacio; el cosmonauta Yuri Gagarin lo había conseguido en 1961. La maquinaria tecnológica estadounidense se había puesto manos a la obra con la misión de llegar a la Luna. Esta disputa científico-política era notoria y conocida. El nombre de la NASA, la agencia espacial, era otro de los símbolos americanos que despertaban mayor admiración en todo el mundo, por supuesto también en España. Era sinónimo de poder económico, pero sobre todo de alcance en el campo de la ciencia. Por eso, nos resulta tan significativo que Carmen Laforet, tan vinculada al mundo de las letras, se desborde de pasión contando con minuciosidad los datos que le iban mostrando sobre las naves, sobre las lanzaderas, sobre el combustible, sobre los astronautas... En definitiva, se siente totalmente cautivada frente al raudal de conocimientos sobre la materia espacial que va aprehendiendo a un ritmo vertiginoso. Es Laforet una mujer con las puertas del saber siempre abiertas, anhelante por descubrir nuevas cosas, nuevas situaciones, experimentarlas y contarlas:

Desde lejos la torre parecía tener ocho o nueve plataformas y una altura como la de una casa de diez o doce pisos. Ya en la torre, observamos a los obreros en su interior ocupados en el montaje de un cohete Saturno B I. Con los cascos obligatorios nos autorizaron a subir a la primera plataforma. En el centro de esta plataforma pude tocar la base del gigantesco cohete y ver el ascensor en el que suben los astronautas para ocupar la cápsula. Unos enormes soportes de hierro, que me parecieron algo así como unas alas, llamaron mi atención. Eran los soportes que en el momento de la botadura se abren para dejar paso al cohete (Laforet 1976: 223).

Carmen Laforet da la impresión de estar dentro de uno de los documentales televisivos a través de los cuales se emite el lanzamiento de un cohete. Su formidable facultad narrativa detalla con precisión los pasos que siguen las naves cuando despegan. La autora está dotada para formalizar una escritura descriptiva, que en esta ocasión se nutre de una arboladura científica fruto de su insaciable gusto por aprender. Su ímpetu humanista es declarado, la escritora demuestra desde pequeña un ansia insaciable de conocer, de aprender, de experimentar. Por eso le gusta deambular en soledad por las calles, sentirse anónima entre la multitud para aquilatar con detenimiento lo que le rodea. Aquí no se halla sola, pero tanto Eliana —su intérprete— como John Bentley —el jefe de relaciones públicas de Cabo Kennedy que la acompaña—, no son obstáculo para degustar a sus anchas, con la tranquilidad y el tiempo que merecen, las cosas deslumbrantes. Observamos a una Carmen Laforet sin misterios², vitalista. Fue una niña, una joven y una mujer que llevó consigo el dolor que le causó la muerte temprana de su madre —el tema de la orfandad es sobresaliente en su novelística: Andrea, en *Nada*, pierde a sus padres; Marta Camino es huérfana de padre en *La isla y los demonios*; Martín Soto es huérfano de padre en *La insolación*; en *La mujer nueva*, aunque no lo es, Paulina vive una cierta orfandad en la casa de su abuela en Madrid; y en *Al volver la esquina*, Soli carece también de la presencia materna—; pero, como si necesitara una recompensa diaria, la voluntad de absorción y disfrute de la realidad es exultante. En este diario de viajes que es *Paralelo 35* podemos afirmar que está toda la Carmen Laforet que conocimos y desconocimos. Aquí despliega ese carácter humanístico que poseyó a lo largo de su existencia, anhelante de des-

² Uno de los tabúes que sobrevuelan aun hoy en día, desgraciadamente, a la hora de leer a Carmen Laforet es la propensión desaforada hacia los misterios de su vida personal. Nada más erróneo ha perjudicado a su obra. En primer lugar, porque se ha tendido a mirar más hacia la persona que hacia su creación; y en segundo lugar, porque es una de las escritoras españolas de las que, contrariamente a lo que se piensa, se conoce más sobre su vida. Aparte de su *Puedo contar contigo. Correspondencia* (2003), que condensa las reveladores cartas entre ella y Ramón J. Sender, contamos entre otros, además de la excepcional biografía de Anna Caballé e Israel Rolón (2010), con los inestimables textos de Agustín Cerezales Laforet (1982) (2004), Cristina Cerezales Laforet (2009), María Dolores de la Fe (2005), Manuel González Sosa (2008), Roberta Johnson (1981), Benjamín Prado (2006), Israel Rolón (2007) y Teresa Rosenvinge y Benjamín Prado (2006).

cubrir, en una época y un mundo que vedaba a la mujer esos intereses tan aparentemente distantes de su misión casadera, de ama de casa preparada para cuidar y servir a su marido y a sus hijos. Veamos lo que cuenta sobre el particular Carmen Martín Gaité en sus *Usos amorosos de la posguerra española*:

El hombre era un núcleo permanente de referencia abstracta para aquellas ejemplares penélopes condenadas a coser, a callar y a esperar. Coser esperando que apareciera un novio llovido del cielo. Coser luego, si había aparecido, para entretejer la espera de la boda, mientras él se labraba un porvenir o preparaba unas oposiciones. Coser, por último, cuando ya había pasado de novio a marido, esperando con la más dulce sonrisa de disculpa para su tardanza, la vuelta de él a casa. Tres etapas unidas por el mismo hilo de recogimiento, de paciencia y de sumisión. Tal era el «magnífico destino» de la mujer falangista soñada por José Antonio [Primo de Rivera] (1987: 72).

Aunque a estas alturas del siglo XXI pueda parecer mentira o una broma de mal gusto, a las mujeres españolas se les permite comprar bienes inmuebles solas, sin el permiso marital, a partir del 8 de febrero de 1977. Hasta entonces debía llevar un consentimiento del marido. Carmen Laforet fue una *rara avis* en la posguerra española, a la cual siguieron otras como Carmen Martín Gaité, Elena Quiroga, Josefina Aldecoa, Ana María Matute, etc. Aunque el valor de la novelística de Carmen Laforet recae, es evidente, en su calidad narrativa, es justo considerarla también desde la óptica de pionera en la literatura española de una producción con un claro protagonismo femenino. John P. Gabriele (2000: 150) escribe: «Empezando con Carmen Laforet, se establece una corriente feminista distinguible en la literatura española de la segunda mitad del siglo XX [...] Laforet da cabida a un mensaje distintivamente feminista».

En relación a su consideración como una voz femenina que irrumpe en un entorno eminentemente masculino, estas palabras de John P. Gabriele son determinantes³. No obstante, la calidad de la obra literaria de Carmen Laforet está fuera de todo debate genérico, su prosa posee los atributos de la gran escritura al margen de su condición de mujer. Pero dicho esto, no podemos obviar el peso que en esa época de la recién inaugurada posguerra alcanza el que una mujer, con todo el ideario existente entonces de supeditación de esta al hombre, logre el nivel de éxito y reconocimiento que tuvo Carmen Laforet. Hay que

³ En la línea de considerar sus valores literarios, así como de percatarnos del impulso que su obra dio a la novelística femenina, no podemos dejar de referirnos, además de Gabriele, a los trabajos de Joan L. Brown (1991), Carmen Castro de Zubiri (2001), Raquel Conde Peñalosa (2004a y 2004b), Rosalía Cornejo Parriego (2007), Catherine Davies (1998), Myriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala (2000), Carmen Domingo (2007), Laura Freixas (1996), Inmaculada de la Fuente (2002), Eulalia J. Herdoiza (1967), Roberta Johnson (2006), Francisca López Jiménez (1995), Geraldine C. Nichols (1992), Elizabeth J. Ordóñez (1998), María del Pilar Palomo (1958), Janet W. Pérez (1983), Alicia Redondo Goicoechea (2009) y Sandra J. Schumm (1999).

reconocerle que abriera, aunque no fuera como un hecho militante sino como una acción personal y libre, la espita que permitió a otras mujeres introducirse en ese entorno tan enfangado políticamente y tan volcado hacia el patriarcado. Su hijo Agustín, en «Historia de una novela», prólogo de la edición póstuma de *Al volver la esquina*, recalca en las reflexiones de su madre en torno a la desigualdad hombre-mujer:

De regreso a Madrid, tras varios años de vagabundeo por hoteles y casas de amigos, buena parte de sus papeles se habían extraviado, y aunque hizo varios esfuerzos por recuperarlos, no lo consiguió. Atrás quedaban obras en curso como *Jaque mate*, un volumen titulado *Encuentros en el Trastevere*, y otro cuyo tema central era «el mundo del Gineceo», proyecto ambicioso y de largo aliento, del que ya hablaba, nada menos que en 1967, en otra carta a Sender: «En verdad, es el mundo que domina secretamente la vida. Secretamente, instintivamente, la mujer se adapta y organiza unas leyes inflexibles, hipócritas en muchas situaciones para un dominio terrible... Las pobres escritoras no hemos contado nunca la verdad, aunque queramos. La literatura la inventó el varón y seguimos empleando el mismo enfoque para las cosas. Yo quisiera intentar una traición para dar algo de ese secreto, para que poco a poco vaya dejando de existir esa fuerza de dominio, y hombres y mujeres nos entendamos mejor, sin sometimientos, ni aparentes ni reales, de unos a otros... tiene que llover mucho para eso. Pero, ¿verdad que está usted de acuerdo, en que lo verdaderamente femenino en la situación humana las mujeres no lo hemos dicho, y cuando lo hemos intentado ha sido con lenguaje prestado, que resultaba falso por muy sinceras que quisiéramos ser?» (Cerezales 2004: 8-9).

En las parcelas de libertad que la escritora reclama continuamente como un hálito vital imprescindible, la deuda con la naturaleza se torna simbiótica. La creación humana —el arte, la arquitectura, la música, la ingeniería, la literatura...— es objeto de extraordinaria admiración por parte de Laforet, que se rinde ante tamañas proezas, como hemos comprobado en su visita a Cabo Kennedy. Pero con todo ello, donde se siente más admirada por la creación es ante los fenómenos de la naturaleza, probablemente porque en esos instantes es parte inherente de un todo universal. La imbricación de Laforet con el medio natural es un hecho recurrente en su literatura. La naturaleza sin manufacturar es el primer gran espectáculo de la vida. América, el nuevo continente, supuso para los europeos una subversión de sus parámetros, de sus medidas. ¿Cómo creer, viniendo de la vieja Europa que de la orilla de un río no pudiera vislumbrarse la otra orilla? La exuberancia, las selvas profundas, una naturaleza incontenible, no domesticada, se reflejaba en las retinas de los que llegaban a esas tierras americanas. Después de cinco siglos, lo que queda de esa gran naturaleza primigenia la conmueve. Sin embargo, no puede evitar la frustración de no saborearla en soledad:

Pese a estar el día nublado y aunque yo había visto fotografías en colores del Gran Cañón, el espectáculo es realmente impresionante. A nuestros pies, los atroces

tajos de las erosiones que abarcan un laberinto de centenares de kilómetros en tonos ocres y rosas y violetas, cambiantes con la luz. A nuestros pies, las águilas. Desde algún punto de mira, hondísimo, el río Colorado.

Hicimos las clásicas excursiones en autobús parándonos en determinados puntos que cambiaban la perspectiva del Cañón. En los hoteles, en la vieja torre redonda de piedra habilitada como tienda y salón de té, se nos ofrecían trabajos de artesanía de los indios que tienen sus viviendas en el Cañón. Mantas, cinturones de cuero repujado, adornos de plumas para la cabeza de los niños... Todo esto creaba una atmósfera de comercialidad y civilización muy extraña cuando uno se asomaba otra vez al desfiladero. Hubiera querido bajar hasta el fondo de aquellos desfiladeros y seguir a caballo los caminos de don Lope de Cárdenas, durante días (Laforet 1976: 169-170).

El español Lope de Cárdenas, nos recuerda la autora, fue el primer occidental, el primer hombre blanco, en entrar en el Gran Cañón del Colorado, el reducto secreto de los indios. Fue la hazaña de un «hombre solitario de nuestra raza» (ibíd.: 169). De nuevo se yergue la valoración que el concepto de soledad anida en la autora. Ante el desaforado auge comercial de la zona, llena de turistas y de *souvenirs*, esta añora participar en la aventura de aquel compatriota suyo para gustar de los frutos de la naturaleza virgen, no contaminada por ruidos ajenos ni por cámaras fotográficas. Hasta la naturaleza más desbordante y luminosa da la impresión de hallarse teñida en los Estados Unidos de un sentido de espectáculo utilitario, comercial. La universal biblioteca del Congreso está financiada por particulares cuyos nombres y apellidos se graban como selectos contribuyentes; los cohetes en Cabo Kennedy, obra magna de ingeniería, tienen la obligación de controlar el espacio ante que lo hagan los soviéticos; y el Gran Cañón del Colorado ya no es solo un accidente geográfico hermosísimo, sino también una gran fuente de ingresos que ha creado una industria artificial que chirría al lado de una pieza única de la naturaleza.

3. EL CONFLICTO RACIAL

Paralelo 35 fue, en primer lugar, el diario de un viaje muy gratificante para Carmen Laforet, del que disfrutó mucho desde antes de partir de Madrid, en su recorrido y en su regreso; pero a pesar de ello también hay señales que muestran que no es una loa imparabile, que dentro de aquel gran espectáculo hay temas dolientes de gran alcance social. Según Kurt Spang (2008: 19), «no existe viaje neutro, siempre se realiza por un motivo particular por lo cual pueden aparecer fácilmente temas secundarios según el propósito concreto de cada viaje». En la sucesión de los relatos que marcan el devenir de la autora por el territorio americano, hay algunos elementos que lo atestiguan. Sin duda, el principal debate que la conmueve es un debate que había traspasado las fronteras de los Estados Unidos: el problema racial. Michel Foucault, en su

ensayo *Genealogía del racismo*, lo presenta —el tiempo y la historia le están dando la razón— como una de las claves de funcionamiento de las sociedades modernas:

Es este el momento en el que el racismo se inserta como mecanismo fundamental del poder tal como el que se ejerce en los Estados modernos. Esto hace que el modo moderno de funcionamiento de los Estados, hasta cierto punto, hasta cierto límite y en ciertas condiciones, pase a través de las razas [...] A partir del *continuum* biológico de la especie humana, la aparición de las razas, la distinción entre las razas, la jerarquía de las razas, la calificación de unas razas como buenas y otras como inferiores, será un modo de fragmentar el campo de lo biológico que el poder tomó a su cargo, será una manera de producir un desequilibrio entre los grupos que constituyen la población. En suma, el racismo es un modo de establecer una cesura que será de tipo biológico en un ámbito que se presenta precisamente como un ámbito biológico. Es esto, a grandes rasgos, lo que permitirá al poder tratar a una población como una mezcla de razas o —más exactamente— subdividir la especie en subgrupos que, en rigor, forman las razas. Son estas las primeras funciones del racismo: fragmentar, introducir rupturas en ese *continuum* biológico que el biopoder pretende gestionar (1992: 263-264).

Carmen Laforet arriba a un país en plena efervescencia ante ese conflicto humano que lo divide, como señala Foucault, que lo rompe, lo fragmenta, con la superioridad tácita del blanco sobre el negro; un claro ejercicio de poder de una etnia preeminente, que ostenta el poder, sobre otra sometida. En febrero de ese año 1965, unos cuantos meses antes de desembarcar la escritora en Nueva York, el activista Malcolm X ha sido asesinado. Martin Luther King sigue con su campaña de derechos civiles para los negros y es también asesinado tres años después, en 1968.

No se puede obviar lo evidente y Carmen Laforet no lo hace, así que escribe sobre el asunto racial. Sin embargo, se propone desarrollarlo de la manera más objetivista posible, como una reportera que recoge información de diversas fuentes sobre el tema que aborda y la presenta al lector para que este formule sus juicios. Sobre la temática racial hallamos abundante material en *Paralelo 35*, dos meses recorriendo circularmente los cuatro puntos cardinales del país le proporcionaron muchísima información. Variada según las distintas versiones de las gentes y lugares de donde fueron recogidas. Habló con blancos, con negros, con racistas y antirracistas, con americanos del norte y americanos del sur. Y todas esas opiniones las fue vertiendo, como en una gran fuente, en este libro de viajes. El asunto es tan candente que le dedica un capítulo titulado sin ambages «Los blancos y los negros»; uno de los relatos de ese capítulo, «Opiniones familiares», es harto representativo de la cuestión. Carmen Laforet le otorga a este texto un sesgo más narrativo, podría ser un fragmento novelesco o un cuento breve muy realista, en el que una familia del medio oeste americano habla a la hora de comer sobre el debate racial. La presencia del yo

de Carmen Laforet desaparece, toma toda la conversación esa familia y una muchacha extranjera, una huésped que se atreve a comentar la tragedia que supone pertenecer a la etnia negra en Estados Unidos. Obedeciendo a un orden jerárquico, primero contesta a este particular la abuela:

No puede ser, no están adaptados para valerse por sí mismos ni lo estarán jamás. La vida feliz de la raza negra fue en los tiempos de las grandes plantaciones de algodón, con un sistema patriarcal por parte de los blancos. No es que yo quiera que sean esclavos ni mucho menos. Pero los trabajadores eran felices bajo los cuidados de sus amos. Eran como niños y se sabían protegidos. Y había cariño, verdadero cariño entre las dos razas. Yo no soy racista en absoluto. ¿Cómo podía serlo? Una de las personas a la que más he querido en mi vida fue a la sirvienta negra que me crio. Y os aseguro que fue una mujer feliz... Todas las nuevas ideas de derechos cívicos están envenenando a esa raza, están creando odios y odios. Y no puede ser (Laforet 1976: 38).

Paradójico, anacrónico, sarcástico, lastimero... Podríamos seguir buscando adjetivaciones a esta opinión dictada por una señora mayor, aunque, según recalca la autora, es «moderna de aspecto y en todas sus otras ideas» (ibíd.: 38). El punto de vista puede resultar incluso ofensivo, pero el testimonio de esa abuela parte de una idea altruista, desea contribuir a resolver el problema pensando en lo mejor para los que están sufriendo la discriminación. Por ello insiste en dejar muy claro que no anida en su ser el racismo, que no puede ser racista porque le guarda un gran cariño a la sirvienta negra que la crio. Por lo tanto, solo pretende hacer el bien cuando habla de esta manera. Desde su experiencia, creyéndose que no es racista, tiene el convencimiento atávico de que esa etnia no puede valerse por sí misma sin ayuda del hombre blanco. En esta línea de autocomplacencia de los favores que se les prodiga a los esclavos, se pronuncia Pablo Tornero con respecto a la esclavitud en Cuba, paralela en los términos que expone a la ejercida en los Estados Unidos:

Por principio se planteaba la diferencia entre la cultura occidental y la africana en cuanto a la civilización, con el logro manifiesto que representaba para el negro su integración en una vida superior y por eso mismo en 1817 se exponía: «*lejos de ser perjudicial para los negros de África transportarlos a América, les proporcionaba no solo el incomparable beneficio de ser instruidos en el conocimiento del Dios verdadero y de la única religión con que este Supremo Ser quiere ser adorado de todas sus criaturas, sino también todas las ventajas que trae consigo la civilización*». En el mismo sentido escribía Juan Bernardo O'Gavan: «Por la humanidad bien entendida y por mejorar la suerte de esos salvajes deben los sabios legisladores no solamente compelerlos al trabajo, sino facilitar y proteger su traslación a un clima más templado como son nuestras Antillas... no ha sido ni es ciertamente una mala combinación ni una desgracia para el negro, sacarle de los horrores del África para transformarlo en labrador de nuestras islas. Su situación era en su país natal extremadamente deplorable y entre nosotros goza de cierto grado de *civilización*» (2002: 229-230).

Casi faltaría decir que tendrían que hacerle un rendido homenaje a aquellos negreros que esclavizaban a seres humanos para llevárselos desde África a América. «En enero de 1510 navegó hacia Haití el primer barco con cincuenta esclavos negros del África [...] se estima que fueron trasladados a la fuerza hasta el siglo XIX de 11 a 15 millones de seres humanos» (Geulen 2010: 56-57). No debemos olvidar ante este sin sentido que las desigualdades étnicas fueron admitidas por buena parte de las autoridades científicas. «Como recuerda Leon Poliakov, para Darwin, como prácticamente para *todos* los autores del siglo XIX, la distinción entre *razas superiores* y *razas inferiores* era evidente y no necesita ser probada» (Taguieff 1995: 164).

El distanciamiento de la narradora es extremadamente relevante. El perspectivismo es muy perceptible. Como si se tratara de una pintura, Laforet delimita narrativamente varios planos hacia los que dirige nuestras miradas. La técnica behaviorista, que concita gran seguimiento en la novela social de los años cincuenta en España, se advierte a través de esa escritura magnetofónica en búsqueda del objetivismo total, poniendo sobre el tapete el conductismo absoluto. Los personajes se van a caracterizar por sus acciones, por lo que hacen y por lo que dicen. Somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras, podríamos convenir al escuchar lo dicho por esa abuela estadounidense tipo estándar, de aspecto moderno. Con su mensaje revoloteando en nuestras cabezas, la cámara de la autora se desliza ahora hacia el hijo de la abuela, «un hombre juvenil, optimista y bondadoso»:

Yo creo en cambio que las dos razas de ciudadanos deben tener exactamente los mismos derechos, prepararse de la misma manera, tener exactamente las mismas oportunidades. Pero ¿por qué mezclar las razas? Lo que no puedo soportar es que se tenga la tendencia a vivir mezclados en los mismos barrios y en las mismas escuelas. Es algo instintivo. Se trata de mentalidades diferentes, no puede ser. No me sentiría feliz si mis vecinos fueran negros. No me sentiría verdaderamente en mi casa. No lo puedo remediar (Laforet 1976: 38).

La narradora interviene brevemente solo para apostillar que quien emite esta nueva opinión del problema no da señales de ser una persona especialmente anticuada ni hostil. De hecho, su postura arranca con el principio de la igualdad como máxima irrefutable. Iguales, pero no juntos. Tolerancia hasta un punto que no puede *soportar*. En un país nuevo históricamente como es Estados Unidos —en el que las avalanchas externas son aluviones de distintas etnias, países, latitudes— lo que a este joven le rechina, lo que le hace reventar las costuras de su bondadosa personalidad, es el mestizaje, la mescolanza. Se entiende que hay que mantener la pureza de sangre de otras posibles impurezas. No se ha dicho explícitamente, pero suena a una actitud primaria del racismo. «La mayoría de los estadounidenses creen que el racismo es malo. Pero ¿cómo puede alguien ser “culpable” de hacer algo malo cuando no se da cuenta que lo está llevando a cabo?» (VV. AA. 1970: 5). Estas palabras, que pueden muy

bien asociarse al sentir de este personaje que no se siente racista pero no quiere entroncar con los miembros de la comunidad negra, están entresacadas precisamente del informe *Racism in America and how to combat it*, realizado por la Comisión de derechos civiles de los Estados Unidos.

Laforet insiste en el conductismo behaviorista. Le cede al lector todo el terreno para que evalúe lo que está escuchando de forma directa, sin intermediarios. Lo que no se le puede achacar en contra ni a la abuela ni a su hijo es que hablan con tapujos, no son políticamente correctas sus manifestaciones, pero ellos se hallan con la plena libertad para darlas a conocer abiertamente. Por ejemplo, su negación a tener como vecino suyo a una persona negra, lo cual lo haría infeliz y no se sentiría en su casa —véase el alcance que puede tener este término en el contexto histórico: mi hogar, mi patria, mi nación, mis Estados Unidos—, es una confesión dicha en toda regla que muchos ciudadanos comparten, pero no expresan precisamente para no ser tachados de racistas. Va a finalizar la autora con el tercer ángulo de la familia americana, la esposa del joven y nuera de la abuela. El cuadro se va a completar, Laforet ha dirigido nuestro enfoque hasta este último encuadre:

Todo eso son prejuicios. ¿No podrías soportar junto a tu casa a unos vecinos negros y tu madre acaba de decir que a la persona que más ha querido fue a una mujer de esa raza? Los hombres son todos iguales; unos agradables y otros desagradables. A mí me gustaría más tener por vecina a una familia negra agradable, cultivada y simpática, que las hay, que a unos blancos desagradables, quisquillosos y antipáticos, que los hay también (1976: 38-39).

Aquí acaba la corta, pero sustancial, narración de esa comida de una familia tipo medio de blancos del medio oeste americano. Laforet no encontró mejor colofón para cerrarla que la opinión de esta mujer que, también usando la libertad de pensamiento y de expresión, opina sin remilgos ante el conflicto con un sentido común envidiable, difícilmente refutable. Su estilo es claro, accesible, conciso; sin ningún requiebro que pudiera entorpecer su rotundidad. No hay apenas alteración de tono, en la línea laforetiana de narración silente, como una lluvia fina, delgada, casi imperceptible; pero incesante, que va calando poco a poco, filtrándose hasta las médulas, haciéndonos pensar y repensar sobre lo que ha contado, en apariencia —solo en apariencia— casi sin querer. En conjunto, este pequeño relato contiene el halo de un poderoso alegato antirracista.

La dinámica cronística es imparable en *Paralelo 35*. La autora vive en primera persona los acontecimientos que la circundan con una intensidad vehemente desde antes de desembarcar en el puerto neoyorquino. La novelista se encarna en una auténtica periodista ávida de noticias, de documentos, que sacien su curiosidad para transmitirla a sus lectores. El tema racial posee una dimensión extraordinaria, por eso su inquietud de cronista la lleva a otras consideraciones que van a seguir incrementando el bagaje de experiencias en

torno al asunto. Siempre, incidimos en ello, desde una posición fronteriza. Se inmiscuye —de hecho, este interés que muestra por el enfrentamiento racial es prueba de ello—, pero intenta por todos los medios que sean los estadounidenses que viven la situación los que hablen, los que den testimonio de una realidad que ella percibe pero no conoce de primera mano como aquellos a quienes escucha. De una de sus amigas americanas recibe un consejo, innecesario pero significativo: «Debes enterarte de nuestros grandes problemas, Carmen. No debes tener solo una visión de rosa de nuestros asuntos» (Laforet 1976: 27). Esta amiga es blanca, pero posee una gran conciencia crítica y es una activista en pro de los derechos civiles. Su apuesta por la igualdad racial es incontestable, sin fisuras, aboga no solo con el pensamiento por esa causa sino que obra también en consecuencia con sus actos. Laforet se sale un punto del objetivismo para elogiar su conducta:

Mi amiga y su esposo, una pareja de aspecto totalmente nórdico, con hijos rubios de ojos azules, eran como un símbolo de lo que más me gusta en el pueblo americano: esa eficacia total que no repara en sacrificios cuando el americano está convencido de una idea.

Otra persona me informó que este matrimonio amigo se había trasladado de barrio para que sus hijos acudieran a una escuela donde asistían niños de color (ibíd.: 28).

Es indudable que esta acción es más que un gesto, es llevar a cabo una filosofía de vida que incluye a sus hijos. La autora aquí no se recata en alabar esa concepción idealista que cree ver en general en el pueblo estadounidense. Un idealismo llevado a la práctica con libertad. De nuevo, volvemos a la relevancia que tiene para Laforet este derecho natural inalienable, sobre todo ejercido por una mujer. Sin restar mérito alguno a tal actitud, bien al contrario, hacemos constar que esta situación se lleva a cabo en la capital, en Washington. Tradicionalmente, el norte, desde la Guerra de Secesión, siempre contribuyó de manera más firme a la causa por la igualdad. De hecho, el proceso migratorio de población negra del sur hacia el norte de los Estados Unidos ha sido muy importante. Bien es cierto también que esa apertura del norte, en muchos casos, era más política que real. Aunque con mayor incidencia en el sur, la distinción racial se extiende por todo el país y Laforet lo palpa a pie de obra al visitar la universidad de Howard en Washington. Esta universidad que, según subraya, es la primera universidad que admitió a gentes de color en sus aulas, se ha convertido prácticamente en una universidad para negros. Los blancos dejaron de asistir precisamente desde que se les permite el ingreso a aquellos. Solo advierte la autora la presencia de algunos extranjeros, sobre todo iraníes o hindúes; es decir, tampoco se trata de ejemplos de la más pura etnia blanca. Es el racismo en su más plena extensión, el segregacionismo; universidades para blancos puros y universidades para negros, donde asisten también algunos elementos de otras etnias distintas a la blanca. La escritora pasea su vista escrutadora por los estudiantes de Howard, negros casi en su inmensa totalidad.

Me fijé en la juventud que —como en todas las universidades— paseaba y estudiaba en parejas por las praderas o pululaba por los pasillos de los edificios. Todas las tonalidades de color moreno, desde el negro puro hasta el blanco tostado, estaban en aquellas caras juveniles. Había muchachas con el cabello liso y teñido de rubio. Había facciones de una corrección griega como talladas en un material negro que les daba una calidad de belleza extraordinaria. Había ejemplares africanos puros. La juventud era atractiva o repulsiva o amorfa, como en todas las concentraciones de jóvenes que he visto [...] El jefe de programación infantil era un joven esbelto, de raza negra, uno de los seres humanos más atractivos que he visto nunca (ibíd.: 32-33).

La escritora describe con breves trazos el ambiente universitario, en el que se percibe lo mismo que puede ver en otras universidades americanas o europeas; salvo por el inicuo detalle de que se encuentran segregados. Allí forman una comunidad normal cuando el conjunto es completamente anormal. La descripción es estrictamente física, hasta el punto de regodearse en la belleza de algunos de los jóvenes que admira con placer estético. No se exhibe ninguna sentencia, ni un aserto moralizante. Laforet no necesita precisarlos, puntualizarlos. La plena descripción basta, es lo suficientemente explícita para que el lector interprete la realidad. Este es su estilo: una expresión descriptiva, lo más extradiagética posible, que de manera sutil empapa nuestro entendimiento. Es el estilo de lo que era, una humanista.

En este conflicto racial se produce la singular paradoja de que los afroamericanos que son despreciados, minusvalorados, por un gran sector de la mayoría blanca —no por toda, la autora incide en que nos percatemos de ello— son, sin embargo, bien considerados en algunas facetas precisamente por ese mismo sector que los rechaza. Un ejemplo que no deja lugar a dudas es la figura de Jesse Owens. En las Olimpiadas de Berlín de 1936 vence ante la mirada impotente de Hitler, defensor de la supremacía aria. El deporte se convierte en un campo en el que, sin que lleguen a ser considerados iguales, sí que se les concede la posibilidad de competir, de resaltar e, incluso, de representar a un país que no le correspondía otorgándoles igualdad de derechos.

Otra faceta que esa gran mayoría blanca que repudia la integración racial, sin embargo, aplaude es la música, en concreto el jazz. Este representa, como señala Eric Hobsbawm (2013: 251), una de las grandes contribuciones de los Estados Unidos a la civilización: «Lo que se reconoce de manera general como las principales aportaciones estadounidenses a la alta cultura de nuestro siglo tienen su origen en el espectáculo popular y [...] comercial; las películas y la música a la que el jazz ha dado forma». Ella Fitzgerald, Duke Ellington, Ray Charles, B.B. King, Louis Armstrong, John Coltrane, Nina Simone, Miles Davis, Charlie Parker, Billie Holiday, etc. Una lista interminable de estrellas que fueron elogiadas y a las que les fueron reconocidos sus méritos más allá de su color. El jazz, el blues, el soul, el góspel; en todos estos estilos es innegable la herencia de la cultura afroamericana. Giuseppe Vigna apunta estas razones sociológicas que parten de un núcleo básico, la esclavitud:

Una vez comprados por sus dueños, los esclavos iban a las plantaciones o eran empleados como sirvientes domésticos. Aparte de las grandes plantaciones, existían muchas pequeñas granjas en el Sur en las que no había más que uno o dos esclavos. Eso causó la desintegración de los lazos familiares y la pérdida de la homogeneidad cultural entre los africanos, pero acentuó el contacto con los blancos. Y así nació una nueva cultura, llamada afroamericana, que más adelante transmitiría a la música la compleja historia de la relación entre los africanos y el nuevo mundo (2006: 8).

En su periplo estadounidense, una de las etapas más reveladora para Carmen Laforet fue la que realiza al estado de Luisiana, y en concreto a Nueva Orleans. Allí se encuentra la huella tangible de la herencia de los españoles en ese territorio que fue en sus tiempos del Reino de España. Le hace mucha ilusión conocer a los descendientes de los canarios —recordamos que Carmen Laforet vive desde los dos a los dieciocho años en Gran Canaria— que recalaron en esas tierras tras ser reclutados para poblar aquellos lugares pantanosos: «Con la llegada a Nueva Orleans del *Santísimo Sacramento*, navío español cargado de emigrantes canarios, dio comienzo un nuevo capítulo de la historia de las minorías étnicas de Luisiana» (Din 2010: 7). Por supuesto, también descubre con notable interés la raigambre francesa de la ciudad que la convierte en unas de las más europeas de los Estados Unidos. Y, obviamente, puede observar muy de cerca el conflicto racial en uno de los estados sureños donde la segregación es más radical. En ese entorno surge, como una ráfaga de aire fresco y libre, el jazz. Nueva Orleans es la cuna del jazz:

A finales del siglo XIX, el nuevo estilo musical, que se llamará a partir de entonces jazz, encuentra su hogar en Nueva Orleans. En los años veinte, esta música se conocería bajo el nombre de *dixieland*. Las primeras bandas de Nueva Orleans fueron bandas de metales, conjuntos que se componían de seis o siete músicos que tocaban trompetas, trombones y tubas. El típico estilo del jazz de Nueva Orleans se basa en la polifonía —los solistas tocan simultáneamente diferentes melodías— y en la improvisación colectiva, en la que cada instrumentista crea su parte sobre la marcha, inspirándose en el tema de la pieza tal como fue tocada por el solista principal. Los músicos improvisan libremente y por turnos breves solos llamados *breaks* (rupturas) (Vigna 2006: 14).

En Nueva Orleans reina el jazz y sus acordes llenan sus noches de libertad musical. Y el jazz que escucha brota, casi en su totalidad, de la genialidad de músicos negros. A Carmen Laforet el mundo del jazz le suscita un grandísimo interés, en él se mezcla el arte musical con la cultura afroamericana. Además, el gran atractivo de esa música es la libertad que tienen sus intérpretes para la improvisación, para crear cada noche una canción nueva sobre una armonía base. Esos músicos que provienen de un estatus social esclavista crean un estilo libre. «Los músicos eran los portavoces del pueblo [...] Ni el racismo ni las crisis económicas, los peores males con los que se enfrentó el jazz, habían logrado

frenar el formidable impulso de la música popular negroamericana» (Gili 1984: 193). La experiencia que va a vivir Carmen Laforet va a ser espléndida. Queda encandilada con el ambiente y, sobre todo, con una música que le hace vibrar, transpirar, unirse en una comunión estética que no quiere que acabe. La vida le vuelve a regalar un motivo de disfrute, y ella, hedonista a su manera, lo vive con intensidad máxima. El relato es minucioso, descriptivo y muy sensual; el texto de Laforet insta a los lectores a que abramos mucho la vista y, sobre todo, el oído:

Fuimos al Vieux Carré [...] Los músicos tomaban coca-cola fresca y se limpiaban el sudor. Eran todos negros menos el muchacho que tocaba el banjo, que me parecía un americano de raza nórdica, aunque Eliana no estaba segura de eso. De lo que Eliana estaba segura era de que la pianista, una señora gruesa, era «negra» también a pesar del color de su piel y de su pelo, teñido de rubio.

—Fijese en sus facciones, si no.

De pronto los músicos empezaron a afinar los instrumentos. En la calle, detrás de las ventanas, abiertas por el calor, se agrupaba la gente.

Empezaron el ritmo, los sonidos. La vida mágica del blues nos invadió y los músicos improvisaban. Creaban, se crecían a cada pieza, sudaban, reían, seguían tocando. Y nosotros, los espectadores, no nos marchábamos, de pie sobre aquella tarima de tablas viejas. El tiempo no tenía sentido. Escuchábamos, vivíamos la música, llegábamos con ella hasta las entrañas de un mundo desconocido. Lejano. Nos arrastraba como un amor, como una ola (1976: 208).

Solo uno de los integrantes del grupo es un americano blanco, el resto son afroamericanos. Aquellos artistas que llevan a Carmen Laforet y al resto de espectadores a la fascinación, a sentirse transportados por la belleza deslumbradora que surge de la gran música, son valorados por su inigualable dominio de la técnica, de los instrumentos. El jazz es sabiduría musical puesta al servicio de la creatividad, una creatividad que no tiene límites, no está encorsetada, no entiende de igualdades ni de desigualdades. Ese ritmo, esos sonidos, son libres y se esparcen más allá del Vieux Carré, pero están ejecutados por personas que han sufrido la condena de la esclavitud y que sufren los rescoldos de aquella iniquidad en forma de una discriminación racial. La enmienda a la Constitución de los EE. UU. que prohibió la esclavitud fue aprobada por el Congreso en 1865. A partir del 18 de diciembre de ese año, en teoría, acabó la esclavitud. Sin embargo, la estructura federal del país americano hizo posible que muchos estados se negaran a aprobarla. En el caso del estado de Mississippi se aprobó en 1995, aunque se dio el caso inaudito de que el procedimiento oficial no se ratificó hasta 2013, cuando ya gobernaba el país Barack Obama, primer presidente negro de los Estados Unidos. No es de extrañar, pues, que cuando esa cultura maltratada encuentra un cauce permitido lo lleve a su extremo, como lo hace a través de la música, y más en concreto con el jazz.

Carmen Laforet queda totalmente prendada de ese vendaval de sonidos, hasta imbricarse en ellos y ser transportada por esa armonía. Queda imantada con

esa fuerza ineluctable de la naturaleza —otra vez la naturaleza como fuente de placer y de empuje vital en la escritora— que procede del jazz que la impregna de un magma sonoro arrebatador. Queda admirada de ese mundo casi exclusivo de negros, de su cultura, de su manera de entender y de interpretar —con la libertad ilimitada— la música. Ahí en ese club, en el Vieux Carré, Carmen Laforet se hace más cronista, deja la cámara a un lado y se inserta en ese oleaje rítmico. No llega al ensayo, pero sí se advierte una implicación más personal, vemos un mayor protagonismo, la presencia del yo se hace mucho más notoria. No es solo el relato visto desde detrás de un aparato, silenciosa, observando lo que sucede y lo que escucha para ser escrito en este diario de viajes. Aquí se observa la participación, la entrega de la narradora a ese ambiente mágico que percibe de modo torrencial. El relato huye de la objetividad y se encamina hacia un entorno más creativo, más literario. El uso del ritmo narrativo da cuenta de ello. La brevedad de estos fragmentos viajeros exige concisión y la escritora se mueve muy bien con ese corsé. Lo resuelve con la multiplicidad visual, la descripción entrelazada a través de frases muy cortas, rápidas, como si se acompasaran a los sonos que escucha: «Creaban, se crecían a cada pieza, sudaban, reían, seguían tocando. Y nosotros, los espectadores, no nos marchábamos, de pie sobre aquella tarima de tablas viejas. El tiempo no tenía sentido» (Laforet 1976: 208).

La sacudida del jazz, una de las experiencias que con más ardor se constata en *Paralelo 35*, va ligada al conflicto racial que Carmen Laforet no quiso eludir ni obviar en su primer viaje a los Estados Unidos. Tanto le importó y le hizo zozobrar el asunto que su propósito de hacer un libro lo más objetivo posible, alejado de impresiones personales, queda con este conflicto bastante transfigurado por su propensión a manifestar el alcance de una realidad tan contraria a uno de sus principios vitales, la libertad. Carmen Laforet la ejerció durante toda su vida en su producción literaria y en sus relaciones personales, hasta que la salud se lo permitió. No podía mostrarse indiferente ante la discriminación racial en los Estados Unidos y no lo hizo. *Paralelo 35* es el testimonio.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Brown, Joan L. (ed.) (1991). *Women writers of contemporary Spain: exiles in the homeland*. Newark: University of Delaware Press.
- Caballé, Anna e Israel Rolón (2010). *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*. Barcelona: RBA.
- Castro de Zubiri, Carmen (2001). *Nosotras, las mujeres*. Madrid: Revista Agustiniiana.
- Cerezales Laforet, Agustín (1982). *Carmen Laforet*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Cerezales Laforet, Agustín (2004). «Historia de una novela», en Carmen Laforet, *Al volver la esquina*. Barcelona: Destino, pp. 7-11.
- Cerezales Laforet, Cristina (2009). *Música blanca*, Barcelona: Destino.
- Conde Peñalosa, Raquel (2004a). *La novela femenina de posguerra (1940-1960)*. Madrid: Pliegos.

- Conde Peñalosa, Raquel (2004b). *Mujeres novelistas y novelas de mujeres en la posguerra española (1940-1965)*. Madrid: Fundación Universitaria.
- Cornejo Parriego, Rosalía (2007). *Entre mujeres: política de la amistad y el deseo en la narrativa española contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Davies, Catherine (1988). *Spanish women's writing, 1849-1996*. London: The Athlone Press.
- Díaz-Diacoretz, Myriam e Iris M. Zavala (eds.) (2000). *Breve historia feminista de la literatura española en lengua castellana: La mujer en la literatura española, modos de representación desde el siglo XVIII a la actualidad*. Barcelona: Anthropos.
- Din, Gilbert C. (2010). *Los canarios de Luisiana*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria.
- Domingo, Carmen (2007). *Coser y cantar. Las mujeres bajo la dictadura franquista*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Fe, María Dolores de la (2005). «Prólogo», en Carmen Laforet, *La isla y los demonios*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, pp. 7-20.
- Foucault, Michel (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid: La Piqueta.
- Freixas, Laura (1996). *Madres e hijas*. Barcelona: Anagrama.
- Fuente, Inmaculada de la (2002). *Mujeres de la Posguerra*, Barcelona: Planeta.
- Gabriele, John P. (2000). *Manuel Martínez Mediero: deslindes de un teatro de urgencia social*. Madrid: Fundamentos.
- Geulen, Christian (2010). *Breve historia del racismo*. Madrid: Alianza.
- Gili, Ricard (1984). *El jazz*. Barcelona: Hogar del Libro.
- González Sosa, Manuel (2008). «Carmen y su isla». *Caleta*, Segunda Época, 14, pp. 13-17.
- Herdoiza, Eulalia J. (1967). *La mujer y su circunstancia en las novelas de Carmen Laforet*. Maryland: University of Maryland.
- Hobsbawn, Eric (2013). *Gente poco corriente: Resistencia, rebelión y jazz*. Barcelona: Planeta.
- Johnson, Roberta (1981). *Carmen Laforet*. Boston: Twayne Publishers.
- Johnson, Roberta (2006). «La novela feminista de Carmen Laforet y el género negro», *Arbor*, CLXXXII, 720, pp. 517-525.
- Laforet, Carmen (1976). *Paralelo 35*. Barcelona: Planeta.
- Laforet, Carmen y Ramón J. Sender (2003). *Puedo contar contigo. Correspondencia*. Barcelona: Destino.
- López Jiménez, Francisca (1995). *Mito y discurso en la novela femenina de posguerra en España*. Madrid: Pliegos.
- Martín Gaite, Carmen (1987). *Usos amorosos de la postguerra española*. Barcelona: Anagrama.
- Martín Vivaldi, Gonzalo (1981). *Géneros periodísticos*. Madrid: Paraninfo.
- Nichols, Geraldine C. (1992). *Descifrar la diferencia: narrativa femenina de la España contemporánea*. Madrid: Siglo XXI.
- Ordóñez, Elizabeth J. (1998). «Multiplicidad y divergencia: voces femeninas en la novelística contemporánea española», en Iris M. Zavala (ed.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*. Barcelona: Anthropos, tomo V, pp. 211-238.
- Palomo, María del Pilar (1958). «Carmen Laforet y su mundo novelesco», *Monteagudo*, 22, pp. 2-8.
- Pérez, Janet W. (1983). *Novelistas femeninas de la postguerra española*. Madrid: José Porrúa Turanzas.
- Prado, Benjamín (2006). «Carmen Laforet: una imagen de la mujer invisible», *Aula de Letras*, 1, pp. 41-44.

- Redondo Goicoechea, Alicia (2009). *Mujeres y narrativa: otra historia de la literatura*. Madrid: Siglo XXI.
- Rodríguez Pérez, Osvaldo (2000). «Del ensayo a la crónica finisecular», en Rocío Oviedo (ed.), *México en la encrucijada: Octavio Paz y la cultura hispánica en el fin de siglo: (Homenaje a Giuseppe Bellini y Luis Sainz de Medrano)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp. 355-361.
- Rolón, Israel (2007). «Recordando a Laforet», *ABC*, 11 de febrero, pp. 86-89.
- Rosenvinge, Teresa y Benjamín Prado (2014). *Carmen Laforet*. Barcelona: Omega.
- Schumm, Sandra J. (1999). *Reflection in sequence: novels by Spanish women, 1944-1988*. London: Associated University Presses.
- Spang, Kurt (2008). «El relato de viaje como género», en Julio Peñate Rivero y Francisco Uzcanga Meinecke (eds.), *El viaje en la literatura hispánica: de Juan Valera a Sergio Pitlor*. Madrid: Verbum, pp. 15-29.
- Taguieff, Pierre-André (1995). «Las metamorfosis ideológicas del racismo y la crisis del antirracismo», en Juan Pedro Alvite (ed.), *Racismo, antirracismo e inmigración*. Donostia: Tercera Prensa, pp. 143-204.
- Tornero, Pablo (2002). «Exclusión social y negritud. Los factores económicos del racismo en Cuba», en Ernesto García Fernández (ed.), *Exclusión, racismo y xenofobia en Europa y América*. Bilbao. Universidad del País Vasco, pp. 227-246.
- Vigna, Giuseppe (2006). *El jazz y su historia*. Barcelona: Malsinet.
- VV. AA. (1970). *Racism in America and how to combat it*. Washington: The United States commission on civil rights. Clearinghouse Publication. Urban Series nº 1.

Fecha de recepción: 12 de mayo de 2016.

Fecha de aceptación: 21 de octubre de 2016.